

Hacer memoria del 15 M y reavivar el pathos político

Hay cosas, como el *pathos* —la pasión, el impulso, el sentimiento hacia delante— que no se pueden promover ni con informaciones ni con argumentos, sino sólo mediante una apelación. Una apelación lo más simple y sencilla que se pueda lograr, poniendo entre paréntesis cualquier otro contenido.

Parece claro que el vigor de esa ilusión que nos conmovía a muchos, después del 15 M, decae. Al menos lo comprueba uno contemplando cómo los mismos de siempre, el PP y el PSOE rancio (el primer caso es más doloroso) recobran fuerza. La amenaza de partidos nuevos, como Podemos, el naciente despertar de algún sector del socialismo y de otros jóvenes movimientos, ya no es experimentada como tal, al menos con tanta intensidad. ¿Qué está pasando? Hay que formularse esta pregunta, porque duele la sospecha de que la derecha resurja y ocupe una vez más el espacio.

Al que escribe le parece que, al menos una de las cosas que están pasando, es la siguiente. El 15 M tuvo un instante en que fue dinamita pura. ¿Por qué? ¿Dónde estaba su potencia? En algo simple en su apariencia visible, pero complejo en su profundidad invisible. Allí se manifestó el *malestar* con la situación política que nos envuelve. Sí, por supuesto. Pero había algo más. Ese malestar estrictamente político y dirigido a circunstancias concretas y caseras era sólo la punta de un iceberg. Debajo se deslizaba un caudal de emociones que daba sentido a la superficie. Un caudal de aguas turbulentas: se expresaba, oscuramente, el *malestar en nuestra cultura*. Se expresaba un malestar que puede abarcar muchos fenómenos: que no hay ya un sueño europeo de ideales nobles, sino procedimientos de mercaderes; que la crisis afecta a cuestiones como que Europa posee una concepción nefasta de lo que significa "Progreso" (que es puramente cuantitativo, yermo de un giro cualitativo) o "Democracia" (formal, demasiado formal); que estamos hartos de que la vida se racionalice y sea sometida cada vez más a una judicialización; que no soportamos ya tanto engaño, tanta ficcionalización del mundo; que nos asfixia el ritmo trepidante de los puros procedimientos (educativos, comunicativos, edificantes, discursivos...); que vemos un mundo excesivamente circular, como una pescadilla que se come la cola; que sufrimos la lógica oposicional de unos contra otros; que ya no hay *filia* pública, amistad en lo común; que lo heroico se ha refugiado en la intimidad de las vidas

privadas, quedando allí humillado y abandonado a su silencio; que las personas no somos utensilios, sino templos sagrados a los que no hay que deshonrar de ninguna forma imaginable; que estamos tristes y no sabemos por qué exactamente; que hay barcazas de harapientos dirigiéndose a nuestras costas y que esos hombres y mujeres que mueren en el mar son hermanos, más hermanos que los que pertenecen a la angosta familia de los domingos en que se almuerza en compañía, pues ejemplifican al ser humano en general y no sólo al próximo...

Dejémoslo aquí, porque dan ganas de darse con la cabeza contra la pared. El caso es que ese *pathos* era tan espacioso, tan estepa, tan ilimitado, que cabían en él todos los malestares. Cada frase pronunciada presentía su muerte, porque ya definía un aspecto concreto y ponía coto a eso tan ilimitado que se removía en el fondo. Pero había que comprometerse de una forma u otra. Había que canalizar ese ilimitado caudal. Y eso estuvo bien, muy bien. Pues ¿qué es un caudal sin orillas que le concedan un rumbo? Surgieron entonces propuestas más precisas, perfiladas, con contorno. Surgieron luego aglomeraciones de propuestas, convertidas en partido político. Y eso era absolutamente necesario.

Ahora bien, tales propuestas y perfiles necesarios, hijos de una subterránea matriz sin perfil, formas de lo informe, comenzaron a cobrar cada vez más relevancia. Y eso era bueno. Necesario, sí. Pero está llegando un momento en que la forma necesaria se está desarraigando de lo informe generador. Estamos olvidando esa emoción sin frontera. Y el entusiasmo empieza a desfallecer. ¡Es que el ser humano no puede vivir sin lo invisible! ¡Es que el ser humano no puede permanecer mucho tiempo ante lo visible sin hartarse! La red, la dinámica de la comunicación, del debate, siendo imprescindibles, parece que ahora empiezan a ocupar todo el espacio. Informaciones a un ritmo vertiginoso, pros y contras cada hora, cada día, cada semana... Todo esto tan necesario se ha inflado tanto que ya causa hastío. Es como una O redonda que se infla: cuanto mayor es su volumen, mayor también su vacuidad.

¿Será mejor callarse, no tomar partido, no informar, no argumentar? ¡Claro que no! Informarse, tomar partido y argumentar es cosa de valientes. Pero si se autonomiza respecto a su fontanal, que ya no es ni información ni toma de partido ni argumentación, sino interrogación viva, perplejidad en vilo, curso de problematización sin forma, entonces pierde su *intensio*, su potencia, su "desde dónde".

Sucede en la vida del ser humano que hay momentos singulares, únicos, en los que aparece, como un enorme destello, una lucidez tan profunda que carece de fondo. Es abismal. Una sola frase, escuchada en medio del tráfago de palabras, puede dejar absorto al que se le queda incrustada y, entonces, queda retenida como un agitador que obliga a recomponer toda la estructura que ha creado uno a su alrededor y en sí mismo. Una mirada, entre tanta visibilidad, también. Y así, un gesto entre mil escenificaciones, un movimiento entre millares de procesos. En todos esos casos se trata de un *Kairós*, de un momento oportuno, que no habita en el tiempo cronológico, el del reloj, sino que subsiste cualitativamente, momento eterno, tiempo germinal para todos los tiempos en superficie. Eso fue el 15 M, un instante susceptible de hacerse eterno. Todo lo que lo envolvió después fue su producto.

Los mercaderes de Occidente están recobrando fuerzas. No es porque no se les ofrezca resistencia en el plano de las informaciones, digámoslo una vez más, ni en el de las tomas de partido, ni en el de los argumentos. Es porque aquel *pathos* exuberante, puro derroche improductivo capaz de producirlo todo, emanado de un instante, lúcido en su oscuridad, refulgente en la noche, está siendo olvidado, hundido bajo la escombrera de sus producciones cutáneas. Y estas producciones, sin su fuerza matriz, serán más o menos coherentes, eficaces, necesarias, pero sin sangre en sus venas.

Necesitamos esa pasión de nuevo. No dejemos que el *Kairós* se envilezca en la forma de un instante pasajero. Protejámoslo. Y hagámoslo diferencialmente, sin caer en una masa. Que cada cual beba de sus aguas según su sed. O volveremos a lo de siempre, a un estado de bienestar ajustado a nuestras meras necesidades de supervivencia, como si estuviésemos aquí para mantenernos en vez de para acrecentarnos y enriquecernos hasta la muerte. No dejemos que venza la injusticia, que ella tenga la última palabra. Digamos otra vez "podemos" o "somos ciudadanos" o "¡Basta ya!". No permitamos que la multiplicidad virtual e inmensa contenida en un *Kairós* se disuelva, como lágrimas en la lluvia.

27-abril-2015

[Blog de Luis Sáez Rueda: <http://www.ugr.es/~lsaesz/blog/Welcome.htm>]